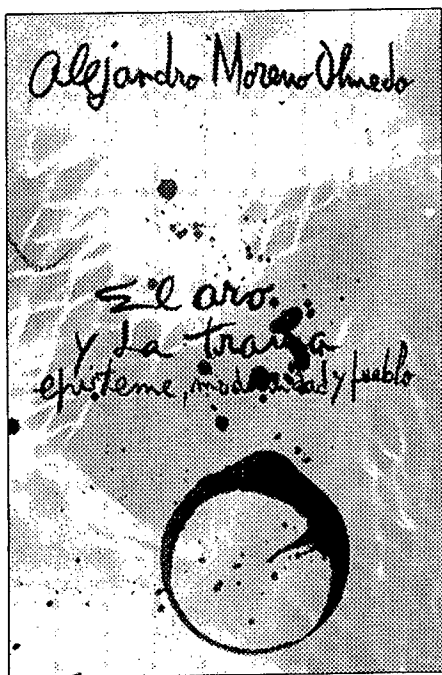


¿Tenemos los venezolanos que ser modernos?

Raúl González Fabre



¿MODERNIZARNOS... UNA VEZ MÁS?

Mientras la modernidad lleva décadas de cuarteamiento como modo de pensar y de vivir en la Europa que la alumbró, su destino permanece incierto en América Latina. Nuestros programas económicos y políticos intentan desde hace al menos un siglo «modernizarnos», a través de las élites, del desarrollo social o del mercado, tanto da. El resultado, sin embargo, dista de ser alentador: los rascacielos y las computadoras no vienen acompañados del «ethos» que nos haría pueblos modernos; y los reducidos grupos sociales — tecnócratas por lo general — que sí han asimilado ese «ethos» apenas pueden calificarse ya como culturalmente latinoamericanos. La gente no se identifica con ellos, ni siquiera los poderosos, y ellos no se identifican con la gente. No hay tal cosa como una modernidad latinoamericana.

FILOSOFIA DESDE LA VIDA COMPARTIDA

Sin embargo, curiosamente mientras el Occidente desarrollado la abandona en parte, la modernización se nos propone y se nos impone como el único camino de desarrollo para nuestros pueblos. Debemos medirnos por sus criterios de verdad, desear ser el tipo de hombre de los comerciales publicitarios y la racionalidad instrumental. Contra esta idea se levanta el libro de Alejandro Moreno *El aro y la trama. Episteme, modernidad y pueblo* (C.I.P.-Universidad de Carabobo, Caracas-Valencia, 1993). Su intento es comprender al pueblo venezolano desde dentro de sí mismo. Su conclusión, que la modernidad es una manera de pensar y de vivir ajena e impuesta, en manera alguna la única posible para nosotros. Por el contrario, hay una episteme propia nuestra, guardada celosamente por la gente a lo largo de siglos de resistencia, que constituye una alternativa real para nuestro crecimiento como pueblo. Las posibilidades históricas de esa alternativa, como las

de cualquier otra, dependen de una opción ética. Podemos dejarla erosionar por la presión de la dominación cultural — cierto uso de los medios de comunicación, cierto sistema educativo formal —, o bien sumergirnos en ella para ayudarla a crecer. Las consecuencias para nuestro ser como pueblo serán radicalmente distintas.

El libro de Alejandro Moreno es un texto serio y extenso de filosofía, guiado además por un genuino impulso filosófico que nace del desconcierto producido por la incapacidad para comprender desde las claves epistemológicas europeas lo que acontece en el barrio petareño en que vive. El autor, psicólogo y doctor en ciencias sociales, ha recogido cientos de historias de vida de la gente. Al tratar de encontrarles sentido y de ordenar su experiencia en el barrio para servir mejor a las personas, se encuentra con un mundo que no puede alcanzarse desde lógicas elaboradas a miles de kilómetros de distancia. Y aquí empieza su investigación-acción, como él la llama: «Por esta vía llegué a pensar que necesitaba replantear las bases del conocimiento científico para encontrar caminos teóricos y metodológicos que me permitieran elaborar un discurso en el que la realidad popular se expresara en una simbolización que emanara de su propia entraña y no de una entraña externa.» (p. 12)

DE LA MODERNIDAD...

El mayor número de páginas de *El aro y la trama* está dedicado a estudiar la episteme moderna como modo social de haberse con la realidad a partir de un mundo de vida concreto, el de la Europa Occidental que la gestó. Los capítulos II al VII analizan los avatares de este modo general rector del conocimiento, desde su primera gestación en la Edad Media — Santo Tomás como paradigma — hasta su sólo aparente disolución en la postmodernidad. El análisis es minucioso, y concluye que incluso en ciertos autores europeos que pretenden la ruptura con la modernidad, se mantiene al individuo como clave epistemológica general, y la pretensión totalitaria de la razón como dinámica general. Esa pretensión toma ahora la forma de quien piensa desde la razón individual toda comunicación y toda relación — los filósofos alemanes del diálogo —, pero también conecta con quienes pretenden liberar el caos dentro del sólido marco de un modo de vida satisfactorio para ellos

—los postmodernistas franceses—. El reconocimiento que estos últimos hacen de la diferencia de culturas no nos abre campo, sino que precisamente nos lo cierra. Cada cual tiene su relato, inconmensurable al fin con el de otros. El individualismo se vuelve aún más radical, y su resultado no puede ser otro que la pérdida de sentido de palabras como justicia, humanidad o comunidad, inútiles ya para construir algo en común. Curiosamente, el postmodernismo que fragmenta la razón al límite acaba teniendo consecuencias muy parecidas a las del positivismo que la exaltaba hasta la veneración.

... A NUESTRA MANERA DE SER —O SEA, DE CONOCER—

El capítulo VIII aborda el intento europeo de Levinas, Buber, Ortiz Osés y otros por comprender al hombre desde la relación y no desde la individualidad. La forma en que lo hacen, abstrayendo las coordenadas histórico-sociales, deja insatisfecho a Alejandro Moreno, que sin embargo encuentra un avance notable respecto a la clave individualista. El capítulo IX describe e interpreta brillantemente el mundo de vida de la familia venezolana. Su conclusión es clara: el hombre venezolano se vive primariamente desde la relación con las personas, y sólo secundariamente en relación con las cosas. Las cosas son para él menos importantes que las personas. Su mundo de vida no es la producción o la apropiación, sino la convivencia interpersonal: «homo convivalis». Y desde allí conoce; por ello su episteme ha de ser completamente distinta a la de la modernidad que lo califica de primitivo, subdesarrollado o salvaje. Una nota de alerta, sin embargo, en la p.423: esto seguramente ya no es así para el delincuente juvenil de los barrios, que mata por el fetiche de un objeto, destruyendo la convivencia del vecindario para poseer. Sin duda que tampoco lo es para mucho universitario que vuelve la espalda al barrio, etc. El «homo convivalis» puede ser erosionado por el impacto de las imágenes publicitarias, sin que aparezca un hombre moderno en su lugar. Aunque el autor no lo señala así, un verdadero caos epistemológico —y la anomia social correspondiente— late en nuestra puerta.

LA EPISTEME POPULAR VENEZOLANA

El último capítulo del trabajo de Alejandro Moreno propone una episteme de

relación consistente con este mundo de vida popular. Para ello, ha de criticar los intentos de Juan Carlos Scannone y Enrique Dussel, como aún demasiado dependientes de la episteme moderna. La propuesta de Alejandro Moreno es más radical: la relación como raíz de la episteme popular. «Relación» no puede ser entendida aquí como una categoría o un concepto, sino como el fundamento real de una episteme, de un modo de enfrentarse a la realidad para conocerla. Su expresión habrá de ser entonces simbólica, no susceptible de manejo discursivo; por el contrario, vendrá a aparecer como eje de toda comprensión cuando decanemos los discursos interpretativos de nuestro pueblo, su forma de dar sentido. Quedamos entonces ante el misterio del vivir-afectivo, relación-viviente, que somos. Por eso nuestro conocer es conocer-por-relación afectiva con otros concretos, que ya no pueden ser descritos más como individuos. El individuo queda superado como un sin-sentido para quien se siente desde lo más profundo de sí mismo «hijo», y sólo después y a partir de ahí, personal-singular.

Las consecuencias del descubrimiento de Alejandro Moreno son claras: «Pensar desde una episteme centrada en la relación, es hacer una crítica radical, en el acto mismo de conocer, de toda la realidad humana generada por la modernidad y el grupo que la lideriza. Es conocer en sus raíces el corazón mismo de la opresión. Ello permite optar por otra humanidad, no ya sólo diferente, como el fracasado proyecto socialista, sino distinta. En este sentido es una episteme liberadora ante cualquier proyecto individualista, que oprima el ser mismo del hombre al negarlo como relación». (p. 471)

UNA EPISTEMOLOGIA EN BUSCA DE METAFISICA

Las últimas palabras del autor muestran su convicción acerca del valor universal de esta episteme popular, en el que no insiste como quizás valdría la pena haberlo hecho. Tras un esfuerzo tan notable por marcar la distinción con el proyecto moderno, llevándola a los límites mismos del lenguaje, queda la cuestión de si hay alguna posibilidad de diálogo entonces. Al no reconocer una razón común ni un logos común, la oposición epistemológica entre modernidad y pueblo parece no tener más resolución posible que el enfrentamiento entre las fuerzas sociales

que las sustentan. Cada cual se hallará ubicado en la posición en que su nacimiento o una opción ética semejante a la conversión religiosa le haya situado. Nuestra historia cultural no será la de un mestizaje, nueva síntesis de modernidad y pueblo, sino una de resistencia o plegamiento a la dominación que se nos viene encima. Tememos que ése es el resultado de la presuposición latente en la mayor parte del libro bajo el concepto de episteme: que no hay realidad sino interpretación. Si hemos de aceptar algo con valor universal será preciso que haya primero realidad, y luego interpretaciones. Así además podremos dialogar con un cierto referente sobre el que resolver desacuerdos.

Planteadas las cosas en términos de lucha cultural, mucho nos tememos que la derrota es segura a la larga, al menos en el ámbito de los grandes barrios urbanos. El brillo de los bienes de consumo moderno y las imágenes publicitarias vienen disolviendo nuestro ethos de tiempo atrás. La modernidad está dentro de casa, y ya es tan imposible expulsarla como sacar el televisor de cada hogar venezolano.

Otra cosa distinta es oponerse a sus pretensiones totalitarias sobre la vida del hombre, a su intento de reducir toda cultura a la del Occidente primer-mundista. Para esto el libro de Alejandro Moreno constituye un aporte de primera importancia, porque, si va a haber diálogo cultural en vez de una nueva historia de resistencia y dominación, será a partir de la constitución del pueblo como sujeto histórico. El pueblo venezolano, con su ethos y su episteme radicalmente distintas a las de la modernidad, se hará sentir como interlocutor imprescindible en la medida en que sepa crear desde sí mismo. Nuevas formas de organización política, de producción y distribución, de expresión artística, de pensamiento... deben levantarse desde nuestros barrios, y alcanzar consistencia histórica suficiente para aparecerse como innegablemente reales ante una modernidad predispuesta a no verlas, y a arrasarlas si es el caso. *El aro y la trama* posee la particular relevancia de abrir camino para pensar esta tarea, desde los fundamentos psicológicos de la manera de conocer del pueblo venezolano. Creemos que es un libro verdaderamente filosófico, esto es, de reflexión fundamental. No podrá prescindirse de él para elaborar pensamiento desde el ser venezolano.